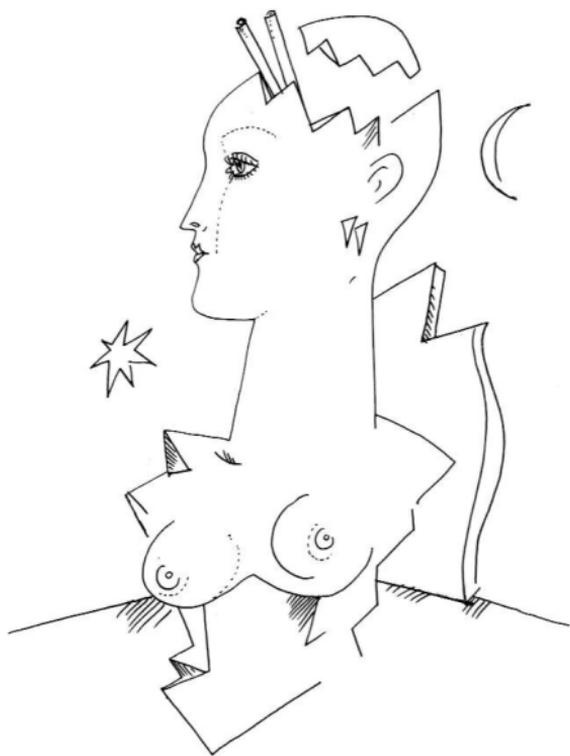


Juan José Téllez

LA HORA DE LOS ESPEJISMOS



ediciones
del Genal

ediciones del Genal

© Textos *Juan José Téllez Rubio*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*

Cedida por Fundación Rafael Pérez Estrada

Autor: *Juan José Téllez*

Título: *La hora de los espejismos*

Dirige la colección: *Manuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y*

Empresa Malagueña de Transportes (EMT)

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

Depósito legal: *MA-1127-2020*

ISBN: *978-84-18453-24-3*

Málaga 2020

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

LA HORA DE LOS ESPEJISMOS

Veían espejismos cada tarde.

Desde el altozano, contemplaban a punto del crepúsculo la línea de horizonte y aquella larga planicie de árboles, matorrales y sembrados se les antojaba el mar. Diego, 82; Jacinto, 84. Sobre sus rostros escarpados, lucían más arrugas que calles hubo nunca en el pueblo.

Cualquiera de ellos pronunciaba un nombre: “También la palmó”, decía uno y el otro subrayaba esa estadística sin mentar jamás la palabra muerte: lo del patio de las malvas, que la había diñado, que se había ido al otro barrio. Ambos no eran conscientes de cuantas palabras y expresiones identifican en español ese profundo vacío que probablemente siga al último dolor. El Pichavieja, evocaba el primero: Javier Pérez Ponce identificaba el otro su nombre, más allá del apodo, cuando se echaba a pasear por los laberintos de la memoria.

—Cuentan que se pasó por la piedra a cincuenta y cuatro mujeres de la comarca.

—Sí, hombre, ¿y quien estaba allí para contarlas?

—Lo único cierto, porque todos lo vimos, fue cuando la Carmela, que había sido su querendona media vida, salió por las calles por revancha, gritando como una loca Pérez Ponce es un pichavieja, Pérez Ponce es un pichavieja.

Claro, la edad que no perdona le había quitado lo único que tenían. Tanto a él como a ella.

Y se echaban a reír con la inocencia que sólo conciernen a niños y ancianos, cuando los chiquillos descubren la vida y los viejos se despiden de ella. Unos y otros pareciera que viesan por primera vez el mundo y que, por ello, tuviesen que fijarse muy bien en cada color, en cada objeto o en esas minúsculas o gigantescas emociones que a veces deparan los cambios de luces, la lluvia o la solina: “La gente de la costa habla del rayo verde que a veces dicen que ven durante la puesta del sol. Los enamorados se pasan las tardes muertas, esperando que el sol se lo regale, como un presagio de que serán felices, comerán perdices y en su película habrá un final con beso”.

—Somos los últimos de Filipinas, Jacinto.

El pueblo llegó a rozar el millar de habitantes en los años del ferrocarril, allá en los tiempos de la guerra de Cuba, o cuando en la ciudad se puso de moda venir a tomar las aguas en las canchas del río: los señoritos iban y venían en los trenes, con grandes baúles y ropa que no servía para andar por las trochas. Pero había tanta demanda de cuerpo de casa o de mano de obra que hasta tenían que contratar a forasteros, llegados de los pueblos limítrofes.

—Aquello duró lo que duró todo. Hasta que llegó la guerra, la puta guerra.

Esa suerte de últimos comentarios no solía tener respuesta. Ambos creían que daba mal fario mentar la bicha y pasaban de puntillas por esos turbios rincones del recuerdo: las mujeres rapadas, las hostias en el cuartel, los disparos en el cementerio, los que se escapaban al monte, o aquel que permaneció escondido treinta años lo menos en la cámara del gallinero.

Cuando alguno de ellos rozaba aquella rara atmósfera de rencor y sangre, órdenes y gritos, pareciera como si una tiza rechinase sobre la pizarra. Si tenían suerte y daban en coincidir tan comprometidas frases con el último aliento del ocaso, levantaban simplemente el campo y volvían en silencio a sus techos respectivos, a no más de trescientos metros uno del otro.

Del pueblo, se había ido yendo la gente a manojitos, husmeando empleos en los puertos, a casa de algún pariente acomodado, buscando sustento en el estraperlo o mareando la perdiz en cualquier otro sitio distinto a éste, sin sentido ya, sin apenas almas ni tampoco esperanza. En la única cantina, se apurgaraban botellas de Malibú y Calisay, desde los años yeyés. Allí estaban cuando llegó una breve tropa, una muchachada que hablaba como la gente fina pero parecían cordiales. Se presentaron uno por uno a los parroquianos. Una cuadrilla de veinte personas, lo menos: con sus antropólogos, sus arqueólogos, el personal auxiliar y un señor mayor que también vino de fuera dijo que era historiador; con mucha tos apareció el hombre, que empezaba a hacer un frío de cojones y él seguramente no estaba acostumbrado.

El día que aquel carcamal se paseó con los peludos, Jacinto torció el gesto: “Ahí vienen los buscadores de huesos”.

Hablaban de una fosa que tenían localizada. Ahí abajo, en el valle, dijeron, como si nadie lo supiese desde que empezaron a apilar allí cadáveres a porfía, incluso muchos años después del parte de paz. Sin juicio, sin piedad. Jacinto y Diego conocían de sobra donde estaba aquel efímero

y sangriento cementerio antiguo, así que por eso no creían necesario mencionar nada de ello. Los buscadores de huesos. No tardaron ni cinco minutos esta vez en levantarse, como si les hubiese entrado una bulla inmensa, algún compromiso inaplazable, una culebrina metida en su memoria. Y al sol le faltaba media hora lo menos para dar de mano.

Durante mes y pico, fueron y vinieron los licenciados, como les llamaban porque no era fácil retener la palabra antropólogo. Llenos de polvo y de lágrimas, subían y bajaban. Luego se reían porque, como suele ocurrir en los entierros, los chistes constituyen el mejor antídoto contra el silencio definitivo.

Sería por Pascua cuando Diego entró la cantina. Se atrevió a pedir un brandy, como en los buenos tiempos, cuando su mujer todavía baldeaba el portal o tendía las sábanas como banderas de la paz en la estrecha azotea de su vivienda. Como cuando su hijo correteaba las calles y no se había ido a vivir a Barcelona, ese confín remoto donde no deben existir teléfonos ni buzones, porque hace tiempo que no hablan ni se escriben.

Don Diego. Don Diego, le dijo el pelirrojo. Sabía su nombre. El tomó un trago como si lo masticara. Se lo veía venir y tomó distancia.

—Mire usted, no quiero meterme en su vida, pero llevo dándole vueltas varios días y tengo que decírselo.

Diego le miró como si el joven fuera a venderle un electrodoméstico: “Ya se ha metido en mi vida”, le replicó. Tan seco como los pistoleros de las películas del oeste que aún ponían por televisión.

—Me refiero a Jacinto, el que he visto que le acompaña por las tardes en el altozano.

—Jacinto, el capataz.

En la máquina tragaperras cantineaba el premio de un *jackpot*. El camarero limpiaba la barra de aluminio, manchada por el aceite de unos churros.

—Eso, el capataz. Y el asesino. Me da mucho pudor preguntárselo, no crea. ¿Acaso no sabe que él fue el que mató a su padre y a su hermano cuando la guerra? Sin juicio, sin piedad.

—Sí, claro que lo sé.

Pasos apresurados subiendo hacia la cámara, su padre intentando huir por un ventanuco, olor a sudor y a correajes, dos tiros allí mismo, pum-pum, atronándole todavía en el magín, como cuando trajeron el cuerpo de su hermano, cuando se lo cargó en la campiña la gente de Ramón de Carranza, entre quienes figuraba su joven vecino, la escopeta al hombro, su propia sangre exhibida hecha un guiñapo, como si fuera un gamo acribillado en el bosque.

—¿Y me quiere usted explicar cómo se sienta cada tarde a ver atardecer con un criminal de guerra que le mató a media familia?

En la televisión, salía en ese momento gente guapa o que aspiraba a serlo. Al bar, entraron unos albañiles y pidieron birras. Había una niña tomando una fanta y esperando a su madre sobre una mesa de formica con mantel de hule.

—¿Y con quien quieres que me sienta a hilar la hebra, niño?

El ruido del local había quedado en un segundo plano, salvo un periquito que piaba en la jaula. La luz de media mañana acariciaba, sobre la estantería, una antigua radio de madera de la que seguía colgando un paño de cretona.

—Ya no vive ninguno más de nuestra edad —suspiró—. Y yo no entiendo el idioma de los jóvenes.

En un principio, no supo ni que decir. Se quedó perplejo, como si él tampoco entendiera nada. Diego se echó el culo de la copa al colete y con todos sus años encima salió de estampía, a pesar de que medio arrastraba sus torpes piernas sobre el serrín del suelo. El pelirrojo se sintió como si el peor enemigo de aquel viejo no fuera Jacinto, sino el paso del tiempo.

Los siguió distinguiendo en la distancia, mientras duraron los trabajos de excavación —160 restos identificados, algunos niños, varias mujeres, anunció la prensa poco después—. Allí, seguían ambos, los viejos, a diario, sobre el altopiano, sin mentar lo prohibido, contemplando espejismos y esperando a la noche.



LA TRAICIÓN DEL PROFESOR SUANCES

¿Quién no recuerda el coraje demostrado por Lucas Suances durante los años de plomo de la dictadura?

Ya en el 64, pasó un mes en Carabanchel, tras presidir una asamblea en la Facultad de Derecho a favor de la amnistía de los presos políticos. Su apoyo, un año después, a

las huelgas estudiantiles le llevó a ser separado durante dos años de la Universidad, junto a los catedráticos Montero Díaz y Aguilar Navarro, aquella vez en que las autoridades expulsaron a López Aranguren, García Calvo y Tierno Galván por una falta grave de disciplina académica, decían, al incitar a la subversión.

En aquellos años, todo era subversión: el pelo largo de los muchachos y los pantalones de las chicas, el rock and roll y los sermones de algunas iglesias. El régimen del general Franco —fuera lo que fuera y según ha contado a menudo el profesor Suances— era tan cruel como cretino en su política represiva, con censores que lo mismo convertían en hermanos a los amantes de la película *Mogambo* como que arrastraban hasta el manicomio al Arropiero por haberse confesado autor de no menos de veintiocho crímenes, algunos de ellos cometidos el mismo día, a la misma hora y a cientos de kilómetros de distancia, unos de otros.

Ahora, ese mismo anciano que mantiene sin embargo un gesto jovial en su mirada, me abre las puertas de su casa: el piso principal de un edificio de porte noble aunque venido a menos, junto a uno de esos parques nostálgicos que solían salir en las películas francesas subtituladas. No hay rastro de servicio doméstico, pero en el recibidor hay un par de abrigos de mujer colgados de la percha, por lo que deduzco que no siempre está solo en este lugar fuera de época, que huele tanto a madera antigua como a ambientador de saldo.

Me repantingo en el salón, a donde me ha invitado a sentarme mientras él viaja lentamente a la cocina, para pre-

parar una infusión —¿es posible que haya dicho tisana?—. Echo un vistazo y sigo las huellas de su biografía: el retrato de su padre, el acaudalado banquero que dicen que tuvo negocios raros con Juan March; su propia foto infantil junto a una bola del mundo en el colegio de los jesuitas; el rostro bello, sereno y maduro de su esposa, Carmen Ondarra, a la que un tumor le fue quitando la madurez, la serenidad y la belleza.

Se le ve ya mucho más maduro en otra placa que luce en una de las estanterías y en la que se le ve llevando una pancarta en la que se puede leer *Contra la OTAN*. El Carbono 14 de mi memoria sabría datarla en torno a 1986, cuando el referéndum que convocó el primer gobierno socialista, ante el que también se posicionó sin complejos: “No es eso, no es eso”, llegó a gritarle en un acto público a Felipe González, que dudó que supiera entonces que se trataba de una célebre frase de Ortega y Gasset contra Manuel Azaña.

Sobre las paredes, un lienzo de Tapies, lleno de letras y de arena, que el pintor le regaló durante una reunión del partido, cuando todavía coleaba la clandestinidad. A nadie le extrañó que le terminaran nombrando Defensor del Pueblo, aunque tuviera que dejar el cargo por declarar en la radio que la Audiencia Nacional seguía siendo el hijo bastardo del Tribunal de Orden Público, que existió durante el franquismo. Todo un carácter: lo mismo se enfrentó al comité central, aunque no acierto a recordar si les llamó dinosaurios o morsas; como a un rector que llegó a asegurar que la Universidad debía convertirse en lo que siempre fue, una empresa con afán de lucro. En televisión, montó

una vez una pajarraca cuando un ministro progre se ufana de lo ejemplar que fue nuestra transición democrática: “Nuestra traición democrática, querrá decir”. No volvió a aceptar, desde entonces, participar en tertulias.

Y ahora avanza de nuevo hacia mí, transportando una bandeja como si fuera un taca-taca. Paredes de papel pintado, alfombra cara, cuadros de medio pelo pero de marcos ostentosos por los pasillos de su domicilio. Me aleja de la oficina y, sin salir de la pieza, me invita a un tresillo y a una mesa de madera de la que aparta una de las primeras ediciones de su célebre ensayo *Ética para un país sin moral*. Mientras deja que sea yo quien le sirva el contenido de la tetera, que todavía humea, me señala el libro: “Yo creí que la ética era una mujer solitaria, hasta que mi amigo el profesor Adolfo Sánchez Vázquez, ya sabe, el último de nuestros ilustres exiliados, me convenció de que es tan sólo el anverso de una moneda cuyo reverso es la estética”.

La taza y el bebedizo todavía quemaban en los labios: “Viajé hace años a la hamada argelina, al desierto donde se hacinan doscientos mil saharauis —empezó a relatarme—. Allí, aprendí que el té tiene que probarse en tres tomas. La primera, sin azúcar: amarga como la vida, dicen. La segunda, azucarada, como el amor. Y la tercera, con los posos de azúcar anteriores. Suave como la muerte, afirman. Ojalá lo sea”.

¿Ojalá sea té menta, querrá decir? No. Es, en efecto, como él mismo dice, una tisana de hierbas. Quizá se refiere a la muerte. Que ojalá sea suave.

—¿Tiene miedo a morir?

Todavía no he sacado el bloc ni la grabadora, pero él responde como si ya hubiéramos comenzado la entrevista: “He tenido miedo muchas veces en esta vida. A hacerme mayor, por ejemplo —gangoseaba a veces como si tuviera la boca llena de mocos—. Cuando los chicos de mi edad querían llevar pronto pantalones largos, a mí me gustaba jugar a la pelota en vez de buscar novia. Cuando me metieron en la cárcel, creí que iba a pasar allí toda mi vida. Cuando me apartaron de la cátedra, que no iba a volver a dar clases nunca. Cuando Franco, le tuve miedo a Franco. Cuando la democracia, tuve miedo de que siguiera sin ser democracia. Cuando ETA empezó a matar, temí que la policía le venciera. Cuando siguió matando, tuve miedo de haber sido su cómplice. Cuando cayó el muro de Berlín, pensé que el capitalismo ya no necesitaba la máscara de la social democracia porque había dejado de tener rival”.

“Cuando mataron a mi esposa, en cambio, sólo sentí miedo por ella, por sus últimos instantes y, luego, por su vacío. Yo también sentí miedo. Y sentí vacío. Pero era distinto porque seguía vivo”.

—¿Cómo que la mataron?

—Murió de cáncer, sí, pero siempre he creído que la mató este país. O la matamos, entre todos. Ella no era como yo. Yo siempre fui, digamos, un hombre de acción. El de antes, era así, al menos, no esta piltrafa que habla ahora con usted. Ella, en cambio, era una mujer de sueños. Soñaba que la democracia iba a crear demócratas y tan sólo creó contribuyentes. La gente rica se limitaba a enriquecerse más y los que no tenían nada, querían tenerlo

todo, pero ellos mismos, sin compartírselos con los demás. Honoré de Balzac decía que detrás de cada fortuna hay un crimen. Detrás de la clase media española, hay un cómplice de ese crimen. Detrás de la clase trabajadora, que todavía existe aunque nos neguemos a llamarle así, hay una traición. Ella esperaba que la república sobreviviera como una desembocadura lógica de la libertad. Sobre todo, la de pensamiento. Pero nos cansamos de intentar ser libres. Y, en algún momento, también nos cansamos de pensar. Antes, cuando los años de plomo, éramos capaces de arriesgar nuestra vida a cambio de una idea. Ahora, somos incapaces de arriesgar un puesto de trabajo a cambio de nuestra vida o de nuestras ideas. Por eso, digo que la mataron. O que la matamos. Yo creo que toda aquella rebeldía que me hizo célebre, tan sólo fue un ardid para enamorarla. En vez de mandarle flores para seducirla a diario, opinaba en público de lo que incluso no se podía opinar en privado. Cuando salí de la cárcel, me dijo que sí.

Ayer, cuando preparaba la interviú, bicheé la hemeroteca y revisé sus contadas entrevistas a lo largo de su vida. “La droga es la suprema rebeldía”, había dicho en los 70. “La droga y el Sida son armas de destrucción masiva de cerebros y corazones”, protestó a cinco columnas en los 80 cuando la heroína ya mataba tanto como estudiantes voadores habían asesinado policías, guardias y pistoleros, en vísperas de que España nos concediera a todos la libertad bajo fianza. “Prefiero la movida al movimiento”, aseguró al presentar a Parálisis Permanente en un garito lleno de punkis con cueros, cretas y cadenas. “En las cloacas del

Estado, sigue vivo Fernando VII”. A doble página en la revista *Tiempo*: “Que el Estado incurra en actos de terrorismo es la verdadera victoria de los terroristas”.

Durante la crisis financiera, el profesor incluso se acercó a saludar un par de veces a los indignados que acampaban en la Puerta del Sol. Y ya frisaba por entonces los noventa: “Indignarse no es una opción —proclamó—. Indignarse tendría que ser lo único obligatorio”.

—Claro, cuando ella me faltó, también me faltaron ganas para seguir siendo el que era. Y volví a ser de los míos, de quienes creyeron durante siglos que este país era suyo. O que era nuestro. Mi amigo Vázquez Montalbán contaba que unas damas de alto copete, de la burguesía catalana, compartían cena cuando una de ellas le preguntó a la otra: “¿Sabes a quien han detenido por comunista?”. “No, ¿a quién?”. “A Nicolasito Sartorius”. “¿A Nicolasito, el hijo de los marqueses?”. “Sí”. “¿Por comunista?”. “Sí”. “Está visto que a España la llevamos entre tres o cuatro familias”. Yo era de una de esas familias y, sencillamente, volví a su seno. Así que dejé de vivir como pensaba y empecé a pensar como vivía. O, tal vez, ¿quién sabe?, estamos llenos de contradicciones. Y quizá comencé a entender que el socialismo, a fin de cuentas, sólo es la puesta en práctica del sentido común. Y las revoluciones deben ser insensatas. Por eso, tal vez, empecé a darme cuenta de que los fascistas, los verdaderos fascistas, eran ya los únicos revolucionarios”.

A estas alturas, yo ya tenía mis utensilios a mano: mi moleskine con el rotulador de punta fina y la grabadora del móvil apoyada sobre el brazo del sillón que ocupaba Lucas

Suances, cuya postura se hundía cada vez más entre sus cojines, como si fue menguando a cada minuto que pasara.

Hablamos naturalmente de sus manías. Detestaba el periodismo, aunque en su momento, hubiera publicado incluso artículos en *Pueblo*, en *Informaciones* y, durante dos años al menos, en el suplemento cultural de *Diario16*: “La última noticia que en realidad me interesó fue la toma de Alejandría por los turcos”.

También platicamos de música y le noté muy al corriente de la electrónica. Incluso citó un par de djs y también a unos cuantos raperos, por lo que di en maliciar que tendría algún bisnieto que le estaba poniendo al día de lo que sonaba en las discos. Sobre cine, en cambio, fue más taxativo: “La última vez que fui a ver una película fue al estreno de *El Caso Almería* y era porque habían amenazado con quemar la sala”.

Este viejo Escorpio cumplirá cien años en noviembre: “Celebro comprobar que no está senil”.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Me ha sorprendido que haya traicionado abiertamente a sus principios.

—Habré traicionado a los suyos, no necesariamente a los míos. ¿Puedo saber a qué se refiere?

Durante las elecciones de 2019, había sorprendido que reclamara el voto para un partido de extrema derecha: “Es que mis amigos ya están muertos —se justificó ante mí entonces—. Y mis héroes también”. Sus afines y sus discípulos se empeñaron en restarle importancia a aquella extraña toma

de posición, en las antípodas de sus compromisos habituales: “Por simple respeto, alguien tendría que evitar que Lucas Suances se acercara a un micrófono”, terció Vázquez Spinola, quien había heredado su cátedra cuando él pasó a ser emérito.

—Pero ¿qué culpa tienen sus amigos y sus héroes muertos de que usted se haya mostrado partidario de una candidatura que niega las autonomías, el feminismo, fomenta la homofobia y el regreso a aquella España de orden que usted sufrió y contra la que usted se rebeló?

Apura la taza como si estuviera leyendo sus posos. Mira hacia la ventana con pereza o fastidio. Sin mirarme a los ojos, se limita a añadir: “No solo la sufrí ni solo me rebelé contra ella”. Su silencio es algo teatral, pero resulta convincente.

“También la viví”.

Eso dice. Y parece viajar de improviso hacia aquella opulencia infantil con bocadillos de chocolate, tan lejos de las colas de racionamiento que sacudían a los vencidos. Cuando su padre era todavía un prócer aunque su fortuna menguara a medida que aumentó su afición por el juego y su paulatina pérdida de influencia cuando llegaron los gobiernos del Opus Dei. Pero, por entonces y todavía ahora, en la memoria fugaz del profesor, sonaba en la radio Concha Piquer o Bonet de San Pedro y en las marquesinas de los cinematógrafos las carteleras anunciaban sesiones dobles de tiros o de besos cortados por la censura; los jardines sabían a barquillos de galleta y, sobre su césped, él jugaba a ser delantero centro. Era un mundo de tatas y de curas, de secretos guardados a media voz, de álbumes de

cromos y de tebeos, hasta que todo empezó a desdibujarse la noche aquella en que comprobó una mancha de humedad blanca en los pantalones del pijama.

—Todo tiene una explicación —musitó casi sin que se le pudiera oír.

“Yo no se la encuentro”, le soltó con esa voz interior de pocos amigos, que mis lectores veneran y mis colegas detestan.

Me alegró que en este momento se levantara de su acomodo, como si los propios cojines le hubieran impulsado hacia arriba como una catapulta de plumas y de telas. Paseó brevemente por la sala hasta detenerse en la ventana. Desde allí, se dio la vuelta e intentó comportarse como un buen maestro ante un estudiante lerdo: “Verá —procuró enseñarme con la paciencia infinita del pedagogo o del abuelo—, es que ellos proponen volver a una España clasista, xenófoba, machista y corrupta, donde manden los militares y las mujeres no existan”.

—¿Y?

—Que a lo mejor, así logran que volvamos a mi niñez. Quién pudiera. Sería como poner el marcador a cero y empezar de nuevo. Lo mismo volvemos atrás y yo soy otra vez aquel joven apuesto, de corazón encendido, y tal vez la vea de nuevo, por el vestíbulo de la facultad, y vuelva a enamorarme su trenka azul, sus botines de bruja, su felpa en el pelo.

No acierto a entenderlo del todo pero él prosigue: “Así, en el mismo mundo que ahora ellos prometen, transcurrió mi infancia —repitió con paciencia— y mi juven-

tud. Y verá que yo sigo teniendo miedo a dejar de ser un niño, pero sobre todo tengo miedo a dejar de ser joven. Aquel no era un mundo en blanco y negro como parece ahora por las películas. Era un mundo terrible pero a todo color. No creo que vuelvan los pelotones de ejecución, pero seguro que si llegan a ganar unas elecciones traerán de nuevo la altanería de los vencedores, la humillación de los vencidos, la peor cárcel, que es la del pensamiento. Pero, ¿y si al mismo tiempo vuelven los barquillos de canela, los babis del colegio, aquella única novia y aquel rostro mío en el espejo, la cara circunspecta de aquel joven que sentía que su familia y él mismo tenían manchadas las manos de sangre o de dinero? Ya me queda poco, pero debo intentarlo. Cuando hablan en los mítines o conceden entrevistas, siento que el mundo que defienden era aquel mundo mío, tan antiguo, tan retrógrado. A lo peor, si es que ganan, sólo traen fascismo y mala leche. Pero, ¿y si su túnel del tiempo me devolviera a mi propia inocencia? A las sesiones dobles de cine, a los guateques, al fútbol del domingo, a los besos robados. Debo ayudarles a ganar porque debo intentar que ocurra. Apenas me queda vida y lo que queda de ella está en mi memoria. Yo no soy fascista, le pido que me entienda, soy un melancólico”.

Le pido que vuelva a repetirme esa frase porque no la había grabado bien. Y temo que él se arrepienta de haberla dicho o, simplemente, dudo de que nadie fuera a creerme.



*Este ejemplar se terminó de imprimir en la ciudad de Málaga,
bajo la inspiración de **Terpsícore**, musa de la danza. Al
cuidado de esta edición Librerías Proteo y Prometeo.
Málaga, 2020*

Juan José Téllez Rubio

(Algeciras, 1958). Reside en Cádiz. Ejerce el periodismo, entre otras múltiples actividades que también incluyó la dirección del Centro Andaluz de las Letras, entre 2012 y 2019. A su primer libro de poemas, *Crónicas Urbanas* (1979), le siguen: *Medina y otras memorias* (1981), *Ciudad sumergida* (1985), *Bambú* (1987), *Daiquiri* (1989) y *Trasatlántico* (2000). Y en esta misma línea *Las causas perdidas* (2003) y *Las grandes superficies* (2010). A su primer libro de relatos, *Amor negro* (1989), le siguieron *Territorio estrecho* (1991), *El loro pálido* (1998), *Main Street* (2003) o *Profundo Sur* (2011). Tanto su labor poética, como su narrativa ha merecido numerosos premios, así como su periodismo o algunos de sus ensayos biográficos en torno a Paco de Lucía, Chano Lobato, Miguel Mateo «Miguelín», Carlos Cano o María Zambrano. También ha publicado obras sobre interculturalidad, historia reciente y antimilitarismo.

